

Fuentes bíblicas de los pecados capitales y del arrepentimiento en *El Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita

El *Libro de Buen Amor*, a juicio de los entendidos, es la obra más importante de la Edad Media española y una de las obras fundamentales de nuestra literatura¹. La primera redacción de la obra se remonta al 1330. La segunda añade a la primera: a) la oración del principio, en la que el autor ruega por verse libre de la prisión; b) el prólogo en prosa disculpando la intención de la obra; c) la cántica de loores de Santa María, en que se queja del agravio que sufre en la prisión (copla 1.671); d) y los dos episodios, en donde se introduce la figura de la trotaconventos Urraca (910-949 y 1318-1331), y data del 1343.

Entre las fuentes utilizadas por Juan Ruiz, autor de la obra, figura siempre la *Biblia*, y así lo hacen constar los estudiosos: «Entre las fuentes conviene destacar, en primer lugar, la *Biblia*, de la que ha recibido numerosos empréstitos, en especial del *Libro de los Salmos*. La consideración de la Biblia como libro por excelencia en la Edad Media justifica este primer recuerdo, aun cuando su eco no haya sido el mayor»².

A pesar de estas afirmaciones, no conocemos ningún trabajo específico y exhaustivo de la influencia de la Biblia en el Arcipreste de Hita³. Como el tema es muy amplio para debatirlo aquí en profundidad en las pocas páginas que se nos permiten, vamos a dedicar un breve espacio al asunto concreto de los pecados capitales y

1 N. Salvador, «El Mester de Clerecía», en J. M. Díez Borque (ed.), *Historia de la literatura española, 1, Edad Media y Renacimiento*, Madrid 1974, 163.

2 N. Salvador, *o. c.*, 168.

3 En la amplísima bibliografía que cita J. Joset, *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Libro de Buen Amor*, Madrid 1990, 51-70, no aparece ningún título específico sobre la influencia de la Biblia en esta obra.

del arrepentimiento, remitiendo al lector interesado a nuestro trabajo titulado: *La Biblia en el «Libro de Buen Amor» del Arcipreste de Hita*⁴, que pretende ser exhaustivo. Recogeremos, pues, las alusiones a los pecados capitales y al arrepentimiento; pero sólo aquellas que tengan algún fundamento en textos de la Biblia. Las demás alusiones quedan excluidas de nuestra consideración. No se trata, por tanto, de un estudio completo de la doctrina del Arcipreste sobre los temas señalados; sino de la demostración de las fuentes bíblicas de los mismos.

Y hablamos de textos de la Biblia sin prejuzgar el modo cómo el autor pudo conocerlos. El camino habitual sería sin duda el de la liturgia. Como veremos, las alusiones a temas bíblicos estaban todas o casi todas en la liturgia. Pero pudo también conocer estos temas por el rezo del Breviario o por antologías de textos bíblicos o por la lectura directa de la Biblia. De cualquier manera que llegaran a su conocimiento, se trata siempre, en último lugar, de textos de la Biblia, que es de lo que aquí se trata. Nosotros omitiremos en este trabajo el estudio de otras fuentes que no sean las fuentes bíblicas.

1. *El pecado de codicia (217-225)*

El arcipreste menciona dos textos de la Biblia relativos a la codicia:

1) La Escritura dice que la codicia es la raíz de todos los males:

4 O. García de Fuente, «La Biblia en el «Libro de Buen Amor» del Arcipreste de Hita», en *Analecta Malacitana* 13, 2 (1990) 261-301. Ahí estudiamos toda la obra y damos todas las posibles y probables alusiones a la Biblia. En otros trabajos hemos estudiado la influencia de la Biblia en varios autores y libros del siglo XIII; cf. O. García de la Fuente, *El latín bíblico y el español medieval hasta el 1300*, Vol. 1, *Gonzalo de Berceo*, Logroño 1981 (2.ª segunda edición corregida y aumentada, Logroño 1992, 376 pp.); Vol. 2, *El libro de Alexandre*, Logroño 1986; Id., «Estudio del léxico bíblico del 'Poema de Fernán González'», en *Analecta Malacitana* 1 (1978) 5-68; Id., «Léxico bíblico del 'Libro de la Infancia y Muerte de Jesús'», en *Analecta Malacitana* 2 (1979) 301-304; Id., «Vocabulario bíblico del 'Auto de los Reyes Magos'», en *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica* 2-3 (1980) 375-382; Id., «Sobre el léxico bíblico de Berceo», en *Actas de las 3 Jornadas de Estudios Berceanos*, Logroño 1981, 73-89; Id., «Sobre el léxico bíblico y cristiano del 'Libro de Apolonio'», en *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica* 5 (1983) 83-131. Corregimos, incluso, muchas citas de la Biblia, dadas equivocadamente por B. Dutton en su edición crítica de las obras de Berceo, en el trabajo: «La Biblia en Berceo» (Observaciones a la edición crítica de las obras de Berceo por B. Dutton), en *Cuadernos de Filología Clásica* 20 (1986/1987) 213-226.

De todos los pecados es raíz la cobdicia (218a);
De la cobdicia nacen, dellas raíz e cepa (219d).

El texto citado, y además literalmente, es éste: *radix omnium malorum est cupiditas* (1 Tim 6, 10; E6: «Ca rayz de todos los males es codicia») ⁵, que es un proverbio de la época. La «codicia» es aquí el «deseo del dinero». El segundo verso del Arcipreste es una ampliación o aplicación del primero.

2) Por «codicia» murieron los hebreos en el desierto:

Por tu mala cobdicia los de Egipto murieron,
los cuerpos enfamaron, las ánimas perdieron (224ab).

La «codicia de los de Egipto» es más bien la «gula». El libro de la Sabiduría 19, 11, dice: «Cuando, llevados de la gula (*concupiscentia*), pidieron manjares delicados... subieron codornices desde el mar» (E6: «Quando vençudos de cobdicia pidieron viandas... vinieron las codornizes del mar»). El texto alude al hecho del Exodo, cuando el pueblo, harto del maná, pidió a Dios que le diera carne para comer, y Dios le envió codornices (Nm 11, 31-34). El texto dice literalmente: «Todavía tenían la carne entre los dientes, todavía la estaban masticando, cuando se encendió la ira del Señor contra el pueblo, y el Señor le hirió con una plaga muy grande» (v. 33); (cf. Nm 33, 16; Dt 9, 22) ⁶. El Salmo 105, 14 dice: «En el desierto ardían de avidez y tentaban a Dios en la estepa». Aquel hecho lejano del desierto había quedado guardado en la tradición popular.

2. *El pecado de soberbia (230-236)*

Entre los ejemplos de personas periclitadas por la soberbia el autor cita a Lucifer:

Por tu mucha soberbia fezist muchos perder:
primero muchos ángeles, con ellos Lucifer,
que por su gran soberbia e su desgradecer
de las sillas del cielo ovieron de caer (233).

⁵ Citamos los textos de la Biblia, sobre todo los de NT, pero también muchos del Antiguo, por la versión del ms. escorialense I-I-6, que es una traducción de la Vulgata de hacia el 1260, unos setenta años anterior al «Libro de Buen Amor», y que bien pudo conocer nuestro autor. Para el NT utilizamos la edición de T. Montgomery, *El evangelio de San Mateo según el ms. escorialense I-I-6*, Madrid 1962, y T. Montgomery-S. W. Baldwin, *El Nuevo Testamento según el ms. escorialense I-I-6*, Madrid 1970. Para los libros del Antiguo Testamento utilizamos distintas ediciones, que señalaremos oportunamente, o acudimos directamente al citado manuscrito.

⁶ Este hecho no tiene nada que ver con Ex 14, como dice J. Joset, *o. c.*, 160.

Maguer, de su natura, buenos fueron criados,
por la su grand sobervia fueron e son damnados (234ab).

El nombre de «Lucifer», dado al diablo, procede, como es sabido, del texto de Is 14, 12, en donde se habla «de la caída de Lucifer del cielo» (= del lucero de la mañana, o del planeta Venus, que unas veces aparece por la mañana al amanecer y otras por la tarde al atardecer) aunque el texto en sentido literal se refiere a un rey de Asiria (¿Sargón II? ¿Senaquerib?). No obstante, los Padres interpretaron esta caída como la caída del príncipe de los demonios, cuyo representante y símbolo sería el rey pagano. El pecado de los ángeles se recuerda en varios textos del N. T., como 1Pe 3, 22 (E6 «(Cristo) subió al cielo e subiugó los ángeles e las potestades e las virtudes»); 2Pe 2, 4 (E6: «Ca si Dios non perdonó a los ángeles que peccaron, mas atados los dio a infierno por iuyzio de seer tormentados...»); Jud 6 (E6: «E los ángeles que no guardaron so principado, mas desampararon so logar, en iuyzio del gran Dios fueron metudos, en atamiento sin fin so las tiniebras»). (El autor ha leído *Dei* (=día: el juicio del gran día); Apc 12, 7-9 (E6: «E ovo grand batalla en el cielo: Migael e sos ángeles lidiavan con el dragón, e lidiava el dragón e sos ángeles, e non pudieron con los otros, e numqua más ovieron logar en el cielo. E fue echado aquel dragón, aquella grand sierpe antigua que es llamado Diablo e Sathanás, que enganna tod el mundo, echado fue en tierra, e sos ángeles con él»).

En todos estos textos se menciona el pecado de los ángeles, su expulsión del cielo y su desgracia en el infierno.

3. *El pecado de avaricia (246-251)*

Este pecado lo describe con claros tintes bíblicos, más que ningún otro de los pecados. He aquí las alusiones:

Por la gran escasseza fue perdido el rico
que al pobre Sant Lázaro non dio solo un çatico (247ab).

La parábola del rico sin nombre y del pobre Lázaro la cuenta el evangelista Lucas (16, 19-31)⁷.

⁷ El Arcipreste no confunde al pobre Lázaro de Lc 16, 19-31 con Lázaro, el hermano de Marta y María (Jn 11, 1ss.), como dice J. Joset, *o.c.*, 168, sino que se refiere realmente al Lázaro de la parábola de Lucas. El Arcipreste bien puede llamar «santo» al pobre Lázaro que estaba en el cielo, según la parábola.

Pero el Arcipreste tiene más alusiones a la avaricia:

Maguer que te es mandado por santo mandamiento
que vistas al desnudo e fartes al fambriento
e al pobre dés posada, tanto eres avariento
que nunca a uno lo diste, pidiéndotelo ciento (248).

Mesquino, ¿qué farás el día de la afrenta,
quando de tus averes e de tu mucha renta
te demandare Dios, de la despensa, cuenta? (249abc).

Vestir los pobres desnudos cona santa esperança (1587a)

Con mucha misericordia dar a los pobres posada (1589a)

Dando limosna a pobres, doliéndonos de su mal (1590b)

Dar a beber al sediento (1590c)

Visitando los dolientes e faziendo penitencia (1595b)

Comer tanto que podamos para pobres apartar (1596d)

Desea dar a pobres bodigos e raciones;
fazer mucha limosna e dezir oraciones (1628bc)

Las obras de misericordia mencionadas aquí aparecen ya juntas en textos del A. T., como éste de Isaías (58, 7):

«El ayuno que yo quiero es éste:
partir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo
y no cerrarte a tu propia carne».
(E6: «Quebranta to pan al fambriento
e a los pobres e vagantíos líevalos a tu casa;
quando vieres al desnuyo cubrel
e non desprecies tu carne»).

O como este otro, que repite lo mismo:

«Si das tu pan al hambriento
y sacias el estómago del pobre» (Is 58, 10).
(E6: «Quando dieres tu alma al fambriento
e finchies el alma quexada»)

También el libro de Job recuerda las obras de misericordia que, según Elifaz, no habría practicado Job:

«¿Acaso por tu piedad él te corrige,
y entra en juicio contigo?

¿No será más bien por tus grandes pecados?
 Porque exigías prendas a tus hermanos sin razón,
 arrancabas a los desnudos sus vestidos,
 no dabas agua al sediento,
 al hambriento le negabas el pan,
 despachabas a las viudas con las manos vacías
 y quebrabas los brazos de los huérfanos» (Job 22, 5-9).

Y Tobías recomienda a su hijo hacer estas obras de misericordia: «Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Haz limosna de todo lo que te sobra» (Tob 4, 16) (E8: «Tu pan cómilo con los fambrientos e de tus vestiduras cubri los desnuos»)⁸.

El Arcipreste alude más bien al texto de Mt 25, 31-46, en donde se mencionan las obras de misericordia, sobre las que versará el juicio final. El Rey dirá a los buenos: E6: «Venit, benitos del mío Padre; eredat el regno que vos está apareiado del compeçamiento del mundo: ca ove fambre e diestes me a comer; ove set e diestes me a beber; avía mester posada e acogiestes me; desnuyo fui e vistiestes me; enfermo fui e veniestes me veer; en cárcel fui e viniestes a mí».

Y el Rey dirá a los malos: E6: «Quitat vos de mí, malitos, poral fuego durable, que está apareiado poral diablo e a sos ángeles. Ca ove fambre e nom diestes a comer; ove set e nom diestes a beber; demandit posada e nom la diestes; fui desnuyo e no me vistiestes; enfermo e preso, e no me quisiestes veer».

Este texto es el mejor comentario a las palabras del Arcipreste. De todas formas, en 249b puede haber una alusión a la parábola de los talentos (Mt 25, 14ss.), en la que el Señor reclamará a sus siervos el producto de lo que les ha entregado.

4. *El pecado de lujuria (257-269)*

Se citan aquí varios ejemplos sacados de la Biblia:

4.1. El pecado de David:

Feziste por loxuria al profeta Davit
 que mató a Urías quando l' mandó en la lit

⁸ Citamos por nuestra propia edición de Tobías, cf. O. García de la Fuente, «Romanceamiento castellano de Tobías del ms. escorialense I-I-8 y la Vulgata latina», en *Anuario del Centro Asociado de la UNED de Málaga* 2 (1988) 41-93. Este ms. del Escorial es un poco posterior al I-I-6, y es también una traducción castellana de la Vulgata. Entre ambos poseemos una traducción del siglo XIII de toda la Biblia.

poner en los primeros, quando le dixo: «It,
levat esta mi carta a Joab e venit (258).

El hecho se narra en 2Sm 11, 3-27. David manda a Joab poner a Urías en la primera fila del combate para que muera (vv. 15-17). El propio Urías lleva a Joab la carta de David con su sentencia de muerte: «A la mañana siguiente escribió David una carta a Joab y se la envió por medio de Urías. En la carta había escrito: Poned a Urías frente a lo más reñido de la batalla y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera» (vv. 14-15).

El autor vuelve sobre este hecho luctuoso de la vida de David:

Por amor de Bersabe, la mujer de Urías,
fue David omecida e fizo a Dios fallías:
por end non fizo el templo en todos los sus días;
fizo grand penitencia por las tus maestrías (259).

El adulterio con Betsabé y el homicidio de Urías, cometidos por David, se describen en 2Sm 11, 3-27. Que hizo gran penitencia por estos pecados lo dice también el 2Sam 12, 7-25.

El Arcipreste dice que David no hizo el templo de Jerusalén «por end» (es decir, a causa de su adulterio y homicidio). La Biblia no dice esto expresamente en ningún sitio. Lo único que dice es lo que afirma Salomón a Jirán, rey Tiro, cuando le pide madera para la construcción del templo: «Tú sabes bien que mi padre David no pudo edificar una casa al nombre del Señor su Dios a causa de las guerras en que sus enemigos le envolvieron hasta que el Señor los puso bajo la planta de sus pies... Ahora me he propuesto edificar una casa al nombre del Señor mi Dios, según lo que el Señor dijo a David mi padre: ‘El hijo tuyo que yo colocaré en tu lugar sobre tu trono edificará una casa a mi nombre’» (1Re 5, 17-19).

4.2. El pecado de lujuria más famoso de la Biblia fue el de Sodoma

Fueron por la loxuria cinco nobles cibdades
quemadas e destruidas, las tres por sus maldades,
las dos non por su culpa, mas por las vezindades (260).

El Arcipreste alude aquí a la destrucción de la Pentápolis (cf. Sab 10, 6: «Ella (la sabiduría), en el exterminio de los impíos, salvó al justo (Lot), cuando escapaba del fuego que se abatía sobre

las Cinco Ciudades»). La tradición habla de cinco ciudades: Sodomá, Gomorra, Adama, Seboim y Segor. El Dt 30, 22 sólo menciona las cuatro primeras. Os 11, 8 menciona a Adama y Seboim. Gen 19, 23-29 menciona las cinco, pero la destrucción sólo afectó a las cuatro primeras, quedando a salvo Segor por la súplica de Lot (Gen 19, 20-23). No sabemos cuáles son las tres que perecieron por sus maldades y las dos que perecieron por ser vecinas de las otras, según la afirmación del Arcipreste. Como él no lo dice, no sabemos a cuáles se refiere. Lo único cierto es que no hay fundamento bíblico para hablar así.

5. *El pecado de envidia (276-284)*

También este pecado está atestiguado por varios ejemplos bíblicos:

5.1. La envidia de Caín:

Por la envidia Caín a su ermano Abel
matólo, por que yaze dentro en Mongibel (281ab).

La muerte de Abel a manos de su hermano Caín se relata en Génesis (4, 1-16). Mongibel es el Etna, tomado aquí por el Arcipreste como símbolo del infierno, en donde estaría Caín. Como es sabido, la mitología clásica coloca en el Etna las fraguas de Vulcano.

5.2. La envidia de Jacob:

Jacob a Esaú, por la envidia d'aqué
furtól la bendición, por que fue rebtado del (281cd).

El robo de la bendición paterna de Jacob a Esaú se narra en Génesis (27, 1-45).

5.3. La envidia de los judíos que mataron a Cristo:

Fue por la embidia mala traído Jesucristo,
Dios verdadero e omne, fijo de Dios muy quisto:
por embidia fue preso e muerto e conquisto (282abc).

Que los judíos prendieron a Jesús por envidia y lo entregaron a Pilato para que lo juzgara, lo dice expresamente el evangelio. Durante el proceso, «Pilato dijo a los que estaban allí reunidos:

‘¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo?’, pues sabía que lo habían entregado por envidia» (Mt 27, 17-18; cf. Mc 15, 10).

6. *El pecado de gula (291-297)*

El Arcipreste aduce varios ejemplos bien conocidos de gula.

6.1. El primero es el de Adán y Eva, que comieron en el paraíso el fruto del árbol prohibido:

Adán, el nuestro padre, por gula e tragonía,
 porque comió del fruto que comer non devía,
 echól de paraíso Dios en aquesse día:
 por ello en infierno, desdeque morió, yazía (294).

Pero que el omne non coma nin comience la mançana (687a).

El relato bíblico confirma los tres primeros versos del Arcipreste: Pecado de Adán (Gen 3, 1-7); expulsión del paraíso (Gen 3, 22-24). Pero el cuarto, que Adán, al morir, fuera al infierno, no lo dice la Biblia, y se lo inventa el Arcipreste. Que el fruto del que comieron Adán y Eva fuera una «manzana», como supone el verso citado, es un dato de la tradición popular sin fundamento en el texto bíblico.

6.2. El segundo ejemplo de gula fue el de los hebreos en el desierto del Sinaí, cuando, hartos del maná, pidieron comer carne, y el Señor les envió codornices:

Mató la golosina muchos en el desierto,
 e de los más mijores que y eran, por cierto:
 el profeta lo dize esto que te refierto (195).

El texto bíblico es claro: «Todavía tenían la carne entre los dientes, todavía la estaban masticando, cuando se encendió la ira del Señor contra el pueblo, y el Señor le hirió con una plaga muy grande. Se llamó aquel lugar Quibrot-hat-Taavé («los sepulcros del apetito»), porque aquí sepultaron a aquella gente golosa» (Nm 11, 33-34; cf. Dt 9, 22)⁹. El profeta es, sin duda, Moisés.

⁹ La alusión no es a Ex 16, como dice J. Joret, *o.c.*, p. 182, porque en este texto de la Biblia no se habla para nada del castigo de la gula.

6.3. El tercer ejemplo es notorio: La borrachera provocada por las hijas de Lot a su padre, que trajo consigo el incesto de Lot con sus hijas:

Feziste por la gula a Lot, noble burgés,
 beber tanto que yogo con sus fijas, por vez,
 a fazer tu fornicio; ca do mucho vino es,
 luego es la loxuria e todo mal después (296).

El hecho lo narra con todo detalle el Génesis (19, 30-38) y no hace falta comentarlo. El Arcipreste lo resume bien en su poesía. Que el vino provoca con frecuencia la lujuria lo dice el sabio: *Luxuriosa res, vinum, et tumultuosa* (Prv 20, 1: «El vino es cosa lujuriosa y tumultuosa»); *vinum et mulieres apostatare faciunt sapientem* (Ecclo 19, 2: «El vino y las mujeres hacen extraviar al sabio»); y Pablo dice a los efesios: «No os emborrachéis con vino, que es causa de lujuria» (Ef 5, 18).

En las estrofas 528-57 el Amor enseña al Arcipreste las buenas costumbres, entre las que se cuenta el que se guarde de abusar del vino:

Buenas costumbres debes en ti siempre aver.
 Guárdate, sobre todo, mucho vino beber,
 que el vino fizo a Lot con sus fijas bolver,
 e en vergüeña del mundo, én saña de Dios caer (528).

Hay aquí dos alusiones bíblicas al vino. La primera, es una recomendación de no beber mucho vino. San Pablo recomendaba a Timoteo que «los diáconos deben ser dignos, sin doblez, no dados a beber mucho vino» (1Tim 3, 8). Y en la carta a Tito insiste en que «las mujeres ancianas no deben ser calumniadoras ni dadas a beber mucho vino» (Tit 2, 3). Y ya el sabio recordaba en el A. T. que «el vino bebido con exceso es amargura del alma» (Ecclo 31, 39), y «la embriaguez acrecienta el furor del insensato hasta su caída» (Ecclo 31, 40).

La segunda cosa es la embriaguez de Lot y el incesto con sus hijas a causa del vino, que se narra en Gen 19, 31-38.

7. *El pecado de vanagloria* (304-310)

El Arcipreste menciona varios casos de soberbia, tomándolos de la historia bíblica:

7.1. El primero es el de Nabucodonosor, que narra con cierto detalle, tanto el pecado, como el castigo:

Por la grande vana gloria don Nabucodonosor,
 donde era poderoso è de Babilonia señor,
 poco preciava a Dios nin avía del temor;
 tiróle su poderío Dios e todo su onor (305).
 El fue muy vil tornádo è de las bestias igual:
 comié yervas montesas como buey, paja e ál;
 de cabellos cobuerto, como bestia, atal;
 uñas crió mayores que águila cabdal (306).

El autor alude a la historia de Nabucodonosor narrada por Daniel (4, 1-33). El pecado de Nabucodonosor fue sin duda la soberbia, pues quiso ser adorado como un dios (Dn 3, 1ss).

El castigo de Dios se describe así: «Serás arrojado de entre los hombres y morarás con las bestias del campo; hierba, como los bueyes, tendrás por comida, y serás bañado del rocío del cielo» (Dn 4, 22). Y más adelante sigue: «Fue arrojado de entre los hombres, se alimentó de hierba como los bueyes; su cuerpo fue bañado con el rocío del cielo, hasta crecerle sus cabellos como plumas de águila y sus uñas como las de las aves» (Dn 4, 30).

7.2. El segundo es el de Sansón:

Con la grand ira Sansón, que la su fuerça perdió
 quando su mujer Dalida los cabellos le cortó,
 en que avía la fuerça, e desque la bien cobró
 a sí mismo cona' ira e a otros muchos mató (308).

El relato de la fuerza de Sansón —más que de su soberbia, pues el texto no deja vislumbrar que se trate de soberbia—, que perdió cuando Dalila (Dalida es una corrupción medieval por Dalila) le cortó los cabellos, se encuentra en Jue 16, 15-21. Su muerte, con la de muchos filisteos, se narra en Jue 16, 22-31. Estando Sansón en el templo de Dagón, el dios de los filisteos, y siendo objeto de irrisión por parte de todos, se dirigió a Dios, con estas palabras: «Señor Dios, dignate acordarte de mí, hazme fuerte nada más que esta vez, para que de un golpe me vengue de los filisteos por mis dos ojos»... Y gritó: «¡Muera yo con los filisteos!»... Los muertos que mató al morir fueron más que los que había matado en vida» (Jue 16, 28-30).

7.3. El tercero es el de Saúl:

Con grande ira e saña Saúl, que fue el rey
 primero que los judíos ovieron ena su ley,
 él a sí mismo mató con su espada; pues vey
 si devo fiar en tí; e la fe no, así lo crey (309).

El Arcipreste afirma dos cosas: Primera, que Saúl fue el primer rey de los judíos, cosa que dice expresamente la Biblia (1Sm 8; 9; 10; 11): «Se reunieron todos los ancianos de Israel y se fueron donde Samuel, en Ramá, y le dijeron: ...Danos un rey para que nos juzgue, como todas las naciones» (1Sm 8, 5, 6, 19-22; cf. 10, 19-27); «Samuel dijo al pueblo: ‘Vamos todos a Guilgal e inauguraremos allí la monarquía. Fueron todos a Guilgal, y allí, en Guilgal, proclamaron rey a Saúl delante del Señor» (1Sm 11, 14-15).

Segunda: Dice que Saúl se suicidó; cosa que confirma el relato bíblico (1Sm 31, 1-13): «El peso de la batalla cargó sobre Saúl. Los arqueros tiraron sobre él y fue herido por ellos. Dijo Saúl a su escudero: ‘Saca tu espada y traspásame, no sea que lleguen esos incircuncisos y hagan mofa de mí’; pero el escudero no quiso, pues estaba lleno de temor. Entonces Saúl tomó la espada y se arrojó sobre ella. Viendo el escudero que Saúl había muerto, se arrojó también sobre su espada y murió con él» (1Sm 31, 3-5).

8. *Sobre la confesión y el arrepentimiento* (1128-1161)

Como ejemplos de penitencia, arrepentimiento y perdón de los pecados nuestro autor cita los siguientes pasajes de la Biblia:

8.1. María Magdalena:

Por contrición e lágrimas la santa Magdalena
 fue quita e assuelta de culpa e de pena (1141cd).

Estamos aquí ante el conocido error de identificación de María Magdalena, error en el que cayó también otro insigne maestro del «mester de clerecía», Gonzalo de Berceo, cuando dice:

«La sancta Magdalena, de Lázaro ermana,
 peccadriz sin mesura, ca fue mujer liviana» (*Mil.* 783).

«Bien vos lo contarié María Magdalena,
 quómo la recibió estando a la cena;
 non cató a sus yerras de que vinié bien plena,
 perdonógelas todas e soltóli la pena» (*Duelo* 68).

En efecto, un error de interpretación de los textos del N. T. relativos a María Magdalena ha hecho de tres mujeres distintas una sola, María Magdalena, a quien se cargan las culpas y los méritos de las otras dos.

Los textos hablan de una pecadora pública, una prostituta, arrepentida, que entró en casa de *Simón el fariseo*, cuando Jesús estaba sentado a su mesa y derramó sobre sus pies un tarro de perfume y los regó con sus lágrimas, los besó y los enjugó con sus cabellos, provocando la sorpresa de Simón (Lc 7, 36-50). Esta pecadora no tiene nada que ver con María Magdalena.

Lucas dice de María Magdalena que siguió a Jesús en sus correrías apostólicas, ayudándole con sus bienes, junto con varias otras mujeres, agradecidas porque Jesús las había curado de distintas enfermedades (Lc 8, 1-3). Este relato no menciona para nada los pecados de la Magdalena, y no tiene nada que ver con el inmediatamente anterior (Lc 7, 36-50), en donde se habla de la pecadora pública.

El error que hizo de estas dos mujeres una sola, convirtiéndola en la pecadora María Magdalena, se originó, sin duda, por dos motivos: primero, por la cercanía de los dos relatos: a) la pecadora pública, anónima (Lc 7, 36-50); b) María Magdalena (Lc 8, 1-3); segundo, porque Marcos (16,9) dice que de la «Magdalena habían salido siete demonios». Y los siete demonios hicieron pensar en que la Magdalena había sido una gran pecadora. Error manifiesto, pues «siete» es un número simbólico que significa o que había padecido una posesión diabólica, según la creencia popular de aquella época, o que había tenido una o varias enfermedades graves de las que la había curado Jesús. Siempre, pues, una mujer enferma, curada y agradecida, y no una pecadora.

La tercera mujer en cuestión, que también ha pasado a ser María Magdalena, es María, la hermana de Marta y de Lázaro, que también ungió los pies del Señor con perfume y se los enjugó con sus cabellos, provocando las críticas de los apóstoles, sobre todo de Judas, el traidor (Jn 11, 1-2; 12, 1-2). Y esta María de Betania tampoco tiene nada que ver con María Magdalena.

Es curioso constatar cómo se ha perpetuado este error a través de los siglos hasta nuestros días en el arte y la literatura. El propio Fray Luis de León, en su famosa poesía titulada *De la Magdalena* o *A una señora pasada de mocedad*, confunde a la pecadora anónima con María Magdalena. Dice así hacia la mitad de la poesía:

«Que la gentil señora
de Mágdalo, bien que perdidamente
dañada, en breve hora
con el amor ferviente
las llamas apagó del fuego ardiente;
las llamas del malvado
amor, con otro amor más encendido;
y consiguió el estado,
que no fue concedido
al huésped arrogante en bien fingido.

De amor guiada y pena
penetra el techo extraño, y atrevida
ofrécese a la ajena
presencia y, sabia, olvida
el ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada
a los divinos pies, que la traían,
lo que la en sí fiada
gente olvidado habían,
sus manos, boca y ojos lo hacían.

Lavaba larga en lloro
al que su torpe mal lavando estaba;
limpiaba con el oro,
que la cabeza ornaba,
a su limpieza, y paz a su paz daba.

Decía: Solo amparo
de la miseria extrema, medicina
de mi salud, reparo
de tanto mal: inclina
a aqueste cieno tu piedad divina.

¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte
quien todo lo perdió? Aquestas manos
osadas de ofenderte,
aquestos ojos vanos
te ofrezco, y estos labios tan profanos.

Lo que sudó en tu ofensa
trabaje en tu servicio, y de mis males
proceda mi defensa;
mis ojos, dos mortales
fraguas, dos fuentes sean manantiales.

Bañen tus pies mis ojos;
límpiente mis cabellos; de tormento
mi boca y red de enojos
les dé besos sin cuento;
y lo que me condena te presento.

Preséntote un sujeto
tan malamente herido, cual conviene;
do un médico perfecto
de cuanto saber tiene
dé muestra, que por siglos mil resuene».

No cabe duda alguna de que Fray Luis está describiendo a la pecadora anónima de Lc 7, 36-50, y que la confunde con la Magdalena, porque habla al principio de la «gentil señora de Mágdalo», es decir, de la Magdalena, cuya vida pecadora, según Fray Luis, puede servir de ejemplo a la señora a quien él se dirige, recomendándole hacerse monja en un convento.

El «huésped arrogante» es *Simón el fariseo* (Lc 7, 36ss.), no *Simón el leproso* (Mt 26, 6-13; Mc 14, 3-9), como afirma algún comentarista moderno de Fray Luis, perpetuando el error¹⁰.

8.2. San Pedro:

Nuestro señor sant Pedro, tan santa criatura,
negó a Jesucristo con miedo e quexura:
veyo que lloró lágrimas, triste, con amargura,
de satisfacción otra non fallo en escritura (1142).

Las negaciones de Pedro y su arrepentimiento los atestiguan bien los cuatro evangelios (Mt 26, 69-75; E6: «El nególo ante todos»; v. 72: «E de cabo negól con iura que nol conocie»; v. 74: «Estonce compeçó de iurar e de afirmar que nol conociera aquel ombre»; v. 75: «E vinol emient a Pedro la palavra quel dixiera Ihesu Christo: Ante que cante el gallo me negarás tres vezes. Salió fuera e lloró mui fuert»; cf. Mc 14, 66-72; Lc 22, 56-62; Jn 18, 12-27). El Arcipreste no hace más que recoger la sustancia de los relatos evangélicos.

8.3. El rey Ezequías:

El rey don Ezequías, de muerte condenado,
lloró, mucho contrito, a la paret tornado;
de Dios tan piadoso luego fue perdonado:
quinze años de vida eñadió al culpado (1143).

¹⁰ Los editores modernos de las *Poesías de Fray Luis de León* no mencionan siquiera el problema. Así, A. C. Vega, Planeta, Barcelona 1980, sólo dice: «Aunque es de suponer que la vida de esta Elisa no fuera tan pecadora como la de la Magdalena, si

El relato sobre la enfermedad de Ezequías lo transmiten dos fuentes: el libro de los Reyes (2Re 20, 1-11) y el libro del profeta Isaías (Is 38, 1-8), que añade al final el «Cántico de Ezequías» (38, 9-20), de origen sin duda posterior al destierro babilónico.

El Arcipreste aduce el caso de la enfermedad de Ezequías como ejemplo de arrepentimiento y penitencia y a la verdad que no conocía bien esta historia, puesto que en ningún sitio del relato se dice que el rey se arrepintiera y Dios le perdonara, ya que no había razón alguna para que Dios le perdonara, pues no se menciona ningún pecado del rey ni hay motivo para llamarle «culpado». Ezequías sencillamente cayó enfermo de muerte, pidió a Dios que le curara y Dios le alargó la vida quince años (2Re 20, 6). El texto dice así: «En aquellos días Ezequías enfermó mortalmente... Ezequías volvió su rostro a la pared y oró al Señor, diciendo: '¡Ay, Señor! Acuérdate, te lo ruego, que he caminado en tu presencia con fidelidad y con entero corazón y que he practicado lo que es bueno a tus ojos'. Ezequías lloró copiosamente... He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas. Mira: Voy a añadir quince años a tus días» (Is 38, 1-5).

Por tanto, el Arcipreste no conocía bien el relato histórico. Sólo conocía, sin duda a través de la liturgia o del rezo del Breviario, el «Cántico de Ezequías» (Is 38, 9-20), en donde sí hay lloros, llantos, mención del pecado y perdón de Dios. Pero, como hemos dicho, este cántico es muy posterior a Ezequías, aunque el Arcipreste lo ignorara. Además, subyace la idea del AT —y también del Nuevo (véase el caso del ciego de nacimiento)— de que toda enfermedad es consecuencia de un pecado.

es que ésta se identifica con la pecadora del Evangelio, como parece identificarla Fray Luis» (23, nota 10). Pero, un poco más adelante Vega confunde a *Simón el leproso*, en cuya casa tuvo lugar la unción de María de Betania, hermana de Lázaro (cf. Mt 26, 6-13; Mc 14, 3-9), con *Simón el fariseo*, en cuya casa se realizó la unción de la pecadora anónima (cf. Lc 7, 36-49). Vega dice así: «Simón el Leproso, fariseo celoso y a lo que parece, bueno, pero pagado de sí mismo» (24, nota 11). Juan Francisco Alcina, Madrid 1989, 93-100, no menciona siquiera el problema de la identificación de la Magdalena. Acepta, sin más, la tradición y dice: «El tema de la Magdalena como modelo de pecadora arrepentida se recubre en el Renacimiento con el andamiaje petrarquista...» (94). Y, al explicar el nombre de *Mágdalo*, que Fray Luis da al lugar de donde era la Magdalena, Alcina comenta: «Pero Fray Luis parece considerar que el topónimo de donde se deriva el nombre es Magdolon, que en latín bíblico aparece como Magdolus y también Magdalum, que el poeta castellaniza como Mágdalo» (98, nota 42). Con respecto a esto hay que decir que el latín bíblico sólo conoce la forma Magdalum (Ex 14, 2; Nm 33, 7; Jr 44, 1; 46, 14) y desde luego esta localidad no tiene nada que ver con la originaria de María Magdalena, pues este *Magdalum* citado se encontraba en Egipto, no en Palestina.

